



LA CALLE DE LOS POZOS EN MIS RECUERDOS DE LA INFANCIA

Recordar es, ciertamente, volver a sentir la vida que se nos fue; rescatar, por la gracia de la memoria, realidades hundidas en el tiempo. Y ésto se hace con tanto amor, que nos lo devuelve mejorado. Por eso se dice que «cualquier tiempo pasado fue mejor», aunque sea mentira.

Voy a recobrar algo de mi infancia, evocando sitios y personas en algunas escenas de entonces.

Aunque nací en la calle de la Lastra, en la cual di mis primeros pasos y tropezones, cuando contaba cuatro años, en 1928, bajamos a vivir en la de los Pozos. De todas las calles en que vivimos, ésta fue siempre la más querida para mí. Quizá se debiera a que en ella tuve mis mejores amigos, además de otras circunstancias excepcionales.

Los amigos éramos todos de la misma edad, poco más o menos, y no existía discordancia alguna entre nosotros, tal vez porque tampoco la había entre nuestros padres.

Formaban en el grupo, además de mi hermano Nicolás y yo, Pablo «Sayas», Daniel Escamilla, Gregorio «Petate» y Manolo Figueroa, padre de nuestro alcalde. El más joven era Gregorio «Petate», un año menor que yo; los demás me superaban en uno o dos años. Hoy sólo permanece en el pueblo Manolo Figueroa; los demás, ausentes o fallecidos...

Aunque también era vecino Jesús «Cachondo», y el de más edad, se nos unía pocas veces, entre otras razones porque su madre, la «tía» Juliana, solía retenerle en la tienda que poseía, para que ayudase. Eran los dos solos; ella viuda y él hijo único. Su casa colindaba con la nuestra, y en la actualidad Jesús es el único que, ya jubilado, sigue viviendo en la misma calle y casa.

Las circunstancias excepcionales a que aludo eran la bodega, los alcaceles y las eras, todo ello a nuestro alcance para juegos y correrías ofreciéndonos anchuras y recovecos para elegir a nuestro arbitrio.

La bodega era la «Bilbaína» y encargado de ella el «tío» Mauricio, padre de Manolo. Esto nos daba licencia para subir a las cámaras, corretear por las naves, porches y patio, jugar con las cubas vacías, hacer castillos y mil figuras con las cuñas utilizadas para calzar las cubas, y explo-



Cueva de antiguas «Bodegas Bilbaínas» en la calle de los Pozos.

rar, agrupados y medrosos, las sombras de los sótanos y cuevas, asustando murciélagos dormidos...

Nuestros juegos eran los ordinarios entre muchachos, consagrados por la tradición: El «guá» o de las bolas; la «pídola» (péndola decíamos nosotros); la «gallina ciega»; «las cuatro esquinas»; el «matado» o teja; el «escondecorreas», etcétera. Los juguetes de que disponíamos, compartiéndolos, fuesen de quien fueran, y que nos hacían felices, distaban mucho de ser el acervo de extraños ingenios que hoy proporcionamos a nuestros hijos y nietos: Con el trompo, la pelota y el tirador teníamos de sobra.

Como casi todos teníamos hermanas, algunas veces se nos unían en los juegos.

Otros gozos, en primavera, lo constituían el revolcarnos en el verde de los alcaceles, a lo cual llamábamos «hacer camas», y el cazar grillos, que enjaulábamos en botes, agujereados para que pudieran respirar. Como alimento, les poníamos lechuga y mielgas.

Por supuesto que en todo tiempo nos divertía gastar las propinas comprando golosinas en la tienda del «Tío Pocho», en la calle de Juan Cano, o en la pastelería del «Tío Novillo», junto a la Casa del Gallo. Ora uno, ora otro, pagaba el que tuviera cuartos, y repartíamos las golosi-

nas entre todos. Entonces con un real se compraba un puñado de «rusos», que eran unos caramelos grandes y cuadrados. Téngase en cuenta que estoy refiriéndome a los principios de los años treinta.

Recuerdo a los hermanos Párraga, que repartían el pan por la calle en un carrillo, dejando tras de sí un delicioso olor a cochura reciente. Por cinco céntimos (una «perra chica») se compraba una «libreta» o panecillo de unos cien gramos, y por diez céntimos (la llamada «perra gorda»), la libreta era de unos doscientos gramos, bastando con ella para que desayunase un hombre. El pan se vendía a cincuenta céntimos el kilo, que, dicho en serio, entonces era de mil gramos. Los jornales oscilaban entre los doce y los catorce reales, con ocho horas de jornada laboral. Estas normas no regían para los mozos de labranza y los pastores asalariados.

Las mujeres de la vecindad, nuestras madres, cuando el tiempo era bueno, se juntaban para coser y charlar. También se peinaban entre sí y el pelo que salía en el peine lo hacían un ovillo y le metían en los agujeros de las paredes, hasta que venía un forastero y le cambiaban el pelo por alfileres muy bonitos, de cabeza gorda y de colores, que hacían la felicidad de nuestras hermanas.



COLABORACIONES

En una casa de la misma acera de la bodega, pero un poco más arriba, vivía la tía Marcelina «La Vieja», que además de partera, se dedicaba a «desaojar», o sea que curaba el mal de ojo. Era entonces frecuente atribuir a este maleficio cualquier dolencia no específica que se manifestara en persona o animal. La tía «Vieja» lo resolvía con agua, aceite y unos rezos o letanías, tanto si existía en mal, curándole, como si no existía, declarándole así, para tranquilidad de quien hacía la consulta.

También en primavera, además de jugar en los alcaceles, nos emocionaban dos cosas: Una era coger nidos de colorines (jilgueros) en el huerto de la bodega, nidos que el «tío» Mauricio metía en jaulas cuando nacían los pajarillos, y allí iban los padres a darles de comer, a salvo de gatos. El hallazgo de los nidos constituía para nosotros una verdadera fiesta. Si los descubríamos antes de nacer las crías, esperábamos, vigilando la puesta y la incubación hasta que salían los pajarillos.

La otra emoción nos la proporcionaba el paso de los merinos, en trashumancia hacia el norte en primavera y hacia la Mancha Baja en otoño. En un conjunto de relatos inéditos que titulo «Emocionario infantil» lo reseño así:

«Cada año dos veces; cada vez, varios días; cada día, cuatro o cinco rebaños y con cada rebaño, la emoción renovada de verlos pasar, como una estampa viva de algo trascendental, casi grandioso y desde luego insólito: Al frente, abriendo la marcha con el rotundo doblón de los cencerros, los mansos

guía, flanqueados por la guardia alerta de los imponentes mastines, y detrás, la masa movediza de las cuatrocientas, quinientas y a veces ochocientas o más merinas, llenando la calle entre una densa nube de polvo, que, oliendo fuertemente a sirlé, permanecía suspendida en el aire algún tiempo después del paso de los rebaños. Esto cuando no había barro, naturalmente. (Porque entonces solía llover casi de manera periódica en primavera y en otoño).

«Contemplar este cuadro nos llenaba de gozo y sentíamos el pueril orgullo de que la vereda o cañada cruzase de punta a punta por nuestro pueblo, pues ello nos parecía que acrecentaba su importancia».

Pero no todo era placidez y alegría a nuestro alrededor. Aparte de que de vez en cuando alguien, niño o anciano, fallecía, también se producían tragedias mayores, de las que nuestra conciencia infantil sólo captaba un reflejo, por el comentario de los adultos. Recuerdo, sobre todo, el aire de tragedia que recorrió la calle cuando un hermano asestó a otro un navajazo mortal en el vientre delante de su anciana madre. Esto sucedió en una casa de enfrente de la nuestra. Durante mucho tiempo permaneció la mancha de sangre en el suelo del portal, que era de yeso.

En el arca de los recuerdos quedan muchos más, que iremos sacando a la luz en el futuro, si hubiere lugar y tiempo...

Por ahora, bástenos con lo dicho.

Jerónimo-Gregorio Navarro



Margatita González, Amparo González y Jesús Urbina «Cachondo»

EL LABRADOR

Gota a gota y grano a grano
van sembrando en el barbecho
sudor mi frente y mi pecho,
semilla de pan mi mano.

Hasta que premie el verano,
con la sazón de la espiga,
mi sudor y mi fatiga,
¡cuánto trabajo y recelo
de que la tierra y el cielo
me den la suerte enemiga!

Que sepa quien come el pan
que en cada miga se encierra,
con el amor de la tierra,
del labrador un afán.

Afanes que igual están
en cada gota de vino
con que alegra el libertino
su parásita existencia...
¡No hay humana subsistencia
sin sudor del campesino!

No me quejo de mi suerte
ni reniego de mi oficio,
pero sí rechazo el juicio
del fatuo que se divierte
con mi tosquedad. ¡No advierte,
en su orgullo y su torpeza,
que tengo yo más grandeza
en los callos de mis manos
que él en títulos, ufanos
de ostentar rancia nobleza!

El buen juicio y la razón
dicen que es más valedera
parva de trigo en la era
que pergamino en arcón.

Por humana condición,
plebeyos y linajudos
nacemos todos desnudos;
son, después, nuestras acciones
las que pintan los blasones
que han de ostentar los escudos.

Si los labrara el provecho,
castellano y labrador,
mi escudo sería el mejor
con legítimo derecho.

Por armas: Pardo barbecho,
puño que siembra, entre dos
rejas de plata, y en pos
este lema: «Labro el trigo
que nutre al rey y al mendigo
y en la hostia se hace Dios».

Jerónimo-Gregorio Navarro
(Del poema original e inédito titulado
«Castilla Rota»)